

El poder, ¿maquinaria de gobierno?*

Power: A Mechanism of Government?

O poder: mecanismo de governo?

[Artículos]

Carlos Alberto Bohorquez Zapata**

Recibido: 20 de octubre del 2021

Aprobado: 4 de marzo del 2022

Citar como:

Bohorquez, C. (2022). El poder, ¿maquinaria de gobierno? *Análisis*, 54(101).

<https://doi.org/10.15332/21459169.6548>



Resumen

El propósito del presente artículo es mostrar las emergencias del concepto de *gobierno* en el concepto de *poder* en Foucault y aplicarlas a la contingencia actual del covid-19. El gobierno y el poder operan de manera conjunta, aunque mantienen sus diferencias. El primero se centra en el cuidado de los hombres; el segundo se ocupa de las relaciones de fuerza que los atraviesa y controla. Ambos comprenden mecanismos de vigilancia que obran de manera táctica y estratégica. No hacen referencia a una cuestión prohibitiva o cuidado del territorio, sino que hay toda una maquinaria que interviene de manera sagaz sobre los hombres.

Palabras clave: poder, gobierno, pastorado; gubernamentalidad, conducta.

Abstract

The purpose of this article is to show the emergence of the concept of government in Foucault's concept of power, and to apply it to the current contingency of COVID-19. Government and power operate in tandem, although they maintain their differences. The former focuses on the care of men; the latter is concerned with the relations of force that traverse and control them. Both

* Artículo de reflexión derivado de seminarios de formación-investigación. El presente trabajo es de carácter reflexivo, es un documento que corresponde a resultados de estudios sobre el poder y el gobierno en Michel Foucault, en el que se analiza el problema desde un punto de vista interpretativo y crítico.

** Licenciado en filosofía de la Universidad Tecnológica de Pereira. Correo electrónico: carlosbohorquez94@utp.edu.co; ORCID <https://orcid.org/0000-0001-6088-9567>

comprise surveillance mechanisms that operate tactically and strategically. They do not refer to a prohibitive issue or care of the territory, but there is a whole machinery that intervenes in a shrewd way on men.

Keywords: Power, Government, Pastoralism, Governmentality, Conduct.

Resumo

O objetivo deste artigo é mostrar as emergências do conceito de “governo” no conceito de “poder” em Foucault e aplicá-las à contingência atual da covid-19. O governo e o poder operam de maneira conjunta, embora mantenham diferenças. O primeiro se centraliza no cuidado dos homens; o segundo trata das relações de força que os atravessa e contrala. Ambos compreendem mecanismos de vigilância que operam de forma tática e estratégica. Não fazem referência a uma questão proibitiva ou cuidado do território, mas sim há um mecanismo completo que intervém de modo sagaz sobre os homens.

Palavras-chave: poder, governo, pastoreado, governamentalidade, comportamento.

Introducción

Michel Foucault ha sido uno de tantos filósofos que consagró parte de su vida a indagar sobre el gobierno y el poder. El pensador francés se interesó por el poder después de los acontecimientos ocurridos en Francia en mayo del 68, movimiento que despertó un interés en el filósofo de Poitiers orientado a analizar el comportamiento del poder y a escudriñar sus desplazamientos hasta llegar al concepto de *gobierno* en la aurora de la década de los ochenta. Cuando hablamos de poder en Foucault, hay que señalar que no se escribe con mayúscula, no es algo unívoco ni reside en un lugar. Tampoco tiene una connotación negativa¹ ni destructora; por el contrario, es de carácter positivo, construye cosas.

El gobierno no se ha manifestado siempre del mismo modo en que se ha conocido como tal. Inicialmente, este término tenía un interés por el territorio, mas no por los hombres que formaban parte de él. El *gobierno*, según Foucault, tiene su origen con *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo, pues desde la publicación de este texto se comenzó a escribir bibliografía antimachiavélica, que, lejos de ser negativa, produjo algo. Con su aparición, desde la óptica de Foucault, se pudo notar que no hay un único modo de gobierno, sino que este se ejerce de múltiples maneras: el padre gobierna el hijo, se gobierna la casa, los amantes se gobiernan

¹ El concepto de poder para Foucault difiere de lo que comprenden por este concepto Thomas Hobbes, Locke o Marx, para quienes el poder es algo destructivo, prohibitivo y coercitivo.

entre ellos, se gobierna el cuerpo, la salud, el convento, etc. Sin embargo, el gobierno como lo conoce Occidente —más o menos reciente— se estableció entre los siglos XVI y XVII con el pastorado cristiano, pero tiene su origen en la Grecia Antigua, con las tiranías griegas, cuando lo importante era la administración del territorio y no de los hombres y su manera de comportarse.

El gobierno no se ha divorciado del poder, sino que han operado de manera concomitante, aunque guarden sus diferencias. El poder es necesario para gobernar en cualquiera de los modos en que se elija hacerlo, si es el caso, al estilo de Maquiavelo, Marx o Locke. El poder resulta indispensable para proteger y conservar el territorio, es signo de fuerza, de violencia y de control. Si lo vemos por el lado de Foucault, es uno de los pilares básicos para ejercer el gobierno, ya que por medio de él transitan, se modifican y operan las relaciones de fuerza y las técnicas de control que permiten la administración de los hombres.

Para abordar este planteamiento, se observa el poder desde la perspectiva de Foucault con el propósito de aclarar los matices del concepto. En segundo lugar, se analiza cómo el poder se ha desplazado a través de la historia hasta llegar al concepto de gobierno. Por último, se procura mostrar cómo la pastoral cristiana es uno de los mecanismos de poder-gobierno que irrumpe en Occidente con sus técnicas de gobierno, ya no para el cuidado de las almas, sino para la conducción de la conducta y la vida de los hombres —modo de gobierno que se ajusta a la actual situación pandémica generada por el covid-19. Además, se propone la *contraconducta* como mecanismo de resistencia al engranaje de poder-gobierno denominado *gubernamentalidad*. Todo esto, con el fin de evidenciar que las técnicas de poder son cada vez más sutiles al momento de interactuar y administrar la vida de los hombres, como también de incomodar al lector para que reflexione sobre estos modos de operar del poder.

Foucault y el poder

El archivista comprende el poder de una manera diversa a lo que se entiende usualmente por este concepto. Para Foucault, el *poder* es el efecto de correlaciones de fuerzas; no reside en un soberano, no tiene un lugar específico donde se pueda ubicar; se ejerce más que se posee, por medio de maniobras, tácticas y disposiciones; no es un privilegio adquirido heredado o conservado de una clase dominante, sino más bien un conjunto de posiciones estratégicas; es el modelo de la batalla y no de la propiedad. Carece de homogeneidad, no está en el Estado ni reposa en él, no tiene una localización puntual, carece de una esencia, es operatorio. Pero eso no significa que lo englobe todo, ni mucho menos, y, a

diferencia de la violencia (que tiene como objetivo los cuerpos, a los que destruye o cambia de forma), el poder solo tiene como objetivo actuar en relación con otras fuerzas, no tiene otro punto de acción que otras relaciones, es un conjunto de acciones sobre acciones posibles. A propósito de esto, Deleuze (1987) afirma:

El poder es diagramático, moviliza materias y funciones no estratificadas, utiliza una segmentariedad muy flexible. En efecto no pasa por formas sino por puntos, puntos singulares que siempre indican la aplicación de una fuerza, la acción o la reacción de una fuerza con relación a otra, es decir, un efecto como estado de poder siempre local e inestable. (p. 101)

No es negativo o prohibitivo, es inestable, actúa de una forma objetiva, es algo que está en constante movimiento, que va de un lugar a otro de una manera sigilosa, por medio de unas relaciones de fuerza que atraviesan y crean nuevos discursos, nuevas formas de sujeción, nuevas formas de relacionarnos.

El poder como un “no debes”, como algo totalmente jurídico, es insuficiente para explicar lo que es el poder. El poder no se acota o limita a un “no hagas”, como si solo pudiera ocuparse de lo prohibitivo, como recetaba la tesis de la monarquía que afirmaba que el poder era propiedad del soberano, quien dejaba caer su peso sobre los súbditos. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, se comenzaron a desarrollar una serie de técnicas y formas de ejercer el poder que ya no se ocupaban del cuidado del territorio ni de la conservación de las riquezas o bienes que pudiera tener. En otras palabras, el siglo XVIII descubrió algo capital: el poder se ejerce sobre la población, sobre los individuos, pero, ¿qué es una población? No solo es un grupo numeroso de personas, sino que son seres atravesados y regidos por unos discursos de poder, unas normas que hacen parte de un sistema disciplinario. Una población está sujeta a crecer, pero también a extinguirse. Con la aparición de este nuevo objeto de gobierno, comenzaron a surgir una serie de inquietudes y discursos con la intención de ejercer un control y una vigilancia.

Foucault² (1980) se refiere a la creación de Jeremy Bentham, el *panóptico*, como el sistema de dominio y vigilancia quizá más eficiente para el control de la población que haya visto Occidente. La creación de Bentham llegó como una solución extraordinaria a un problema de vigilancia en el sistema penitenciario; resultó tan eficaz que, con el paso del tiempo, se empezó a desplazar hacia otros

² En la entrevista con Jean-Pierre Barou, de 1980, titulada *El ojo del poder*, Foucault se refiere a la creación del panóptico de Bentham como el huevo de Colón, un hallazgo maravilloso.

sistemas, como las fábricas, los colegios y los hospitales. El dispositivo panóptico tiene como finalidad observar, mirar y vigilar el comportamiento de los individuos sin que estos puedan saber quién los vigila. Esta maquinaria de poder permite el control, hace que los individuos se vigilen entre ellos, incluso que lo interioricen y se vigilen a sí mismos; es un poder que se aplica sobre los cuerpos, un poder que se afirma como un poder armado que se vale de las reglas y la obligación, un poder cuya desobediencia es un acto de hostilidad. Un dispositivo que, en materia económica, resulta mucho más módico que cualquier otro, debido a que ya no se necesita tanto personal para que vigile.

Por el contrario, se cuenta con la mirada que va a exigir pocos gastos. No hay necesidad de armas, de violencias físicas, de coacciones materiales. Basta una mirada. Una mirada que vigile, y que cada uno, sintiéndola pesar sobre sí, termine por interiorizarla hasta el punto de vigilarse a sí mismo; cada uno ejercerá esta vigilancia sobre y contra sí mismo. ¡Fórmula maravillosa: un poder continuo y de un costo, en último término, ridículo! Cuando Bentham considera que él lo ha conseguido, cree que es el huevo de Colón en el orden de la política, una fórmula exactamente inversa a la del poder monárquico. De hecho, en las técnicas de poder desarrolladas en la época moderna, la mirada ha tenido una importancia enorme, pero como ya he dicho, está lejos de ser la única ni siquiera la principal instrumentación puesta en práctica. (Foucault, 1980, p. 18)

El panóptico resulta ser una respuesta muy eficiente para ejercer el poder de forma disimulada, sagaz y eficiente en materia de vigilancia. No podría haber un proceder más económico de ejercer el poder que haciendo uso de la mirada y, sobre todo, de manera desapercibida.

Ahora bien, dentro de este dispositivo panóptico se articulan una serie de técnicas que transportan el poder de una manera muy efectiva, como lo es la disciplina. El poder disciplinar recae sobre los cuerpos de una forma bastante particular, pues permite administrar el tiempo, las actividades y el acondicionamiento físico —en el caso de los militares—, y aumentar la eficacia con la que se desarrolla cualquier tipo de oficio.

La “disciplina” no puede identificarse ni con una institución ni con un aparato. Es un tipo de poder, una modalidad para ejercerlo, implicando todo un conjunto de instrumentos, de técnicas, de procedimientos, de niveles de aplicación, de metas; es una “física” o una “anatomía” del poder, una tecnología. (Foucault, 1976, p. 218)

La tecnología disciplinaria se desplaza, junto con el dispositivo panóptico, a todas partes, se desborda del sistema penitenciario. En el caso de las escuelas, se comienzan a establecer ciertas técnicas para el rendimiento de la escritura, unas posiciones determinadas y unos tiempos establecidos; además, los estudiantes empiezan a estar vigilados por su tutor constantemente. Al igual que en la prisión, se cuenta con un timbre para el inicio de clase o cambio de asignatura, que tiene como fin administrar, optimizar el tiempo y crear un tipo de conducta, sin ejercer violencia. La *disciplina* es un poder modesto y suspicaz que funciona dentro de una economía calculada, con referencia a unas metas o logros. Este modo de ejercer el poder no ha sido abandonado desde su aparición, nos sigue acompañando dentro de las instituciones, las cuales han tomado muchos de los elementos de la maquinaria panóptica de vigilancia. Las escuelas, la prisión, los hospitales, las fábricas y, en general, las instituciones hacen uso de este dispositivo y las tecnologías de poder que lo componen para controlar a los individuos que las integran.

El poder disciplinario tiene un objetivo principal dentro de toda su economía: la conducta de los individuos. La disciplina busca enderezar la conducta de los individuos mediante una serie de prácticas y ejercicios con la finalidad de alcanzar unas metas y unos resultados; de ahí que dentro de las instituciones se lleven a cabo determinadas actividades de una manera estricta, bajo una economía y una práctica determinadas. El poder funciona como un mecanismo de llamada, como un señuelo: atrae y extrae esas rarezas sobre las que vela; es un poder que pregunta, vigila, acecha, espía, excava, palpa, saca a la luz.

Ahora bien, el poder pretende tomar la vida a su cargo por medio de unos mecanismos regulativos y correctivos constantes, mas no prohibitivos. El poder no reside en el Estado, ni tampoco se reduce a un soberano, ni se limita a un cuerpo social o institución; el poder es móvil e inestable, no manifiesta la forma de la ley, no es una sustancia ni mucho menos un misterioso atributo que se deba explotar.

El análisis en términos de poder no debe postular, como datos iniciales, la soberanía del Estado, la forma de la ley o la unidad global de una dominación; estas son más bien formas terminales. Me parece que por poder hay que comprender, primero, la multiplicidad de las relaciones de fuerza inmanentes y propias del campo en el que se ejercen, y que son constitutivas de su organización; el juego que por medio de luchas y enfrentamientos incesantes la transforman, las refuerza, las invierte; los apoyos que dichas relaciones de fuerza encuentran las unas en las otras, de forma que formen cadena o sistema, o, al

contrario, los desniveles, las contradicciones que aíslan a unas de otras; las estrategias, por último, que las tornan efectivas, y cuyo dibujo general o cristalización institucional toma forma en los aparatos estatales, en la formulación de la ley, en las hegemonías sociales. (Foucault, 1977, p. 87)

El poder comprende una serie de relaciones de fuerza, por medio de las cuales se ejerce de una manera estratégica. Las relaciones de fuerza son el engranaje por el cual se moviliza el poder, se desplaza de un punto a otro; son el mecanismo por donde el poder deambula y cambia de forma. Pero de esto también forman parte las contradicciones, que, a su vez, hacen emerger nuevas tecnologías que terminan en una estructura institucional que sirve de aparato para una aplicación disimulada, táctica y silenciosa del poder. El hecho de situarse en una institución no hace que resida allí, nos ha dicho Foucault en múltiples ocasiones, y nos lo ratifica Deleuze (1987) en su homenaje a su amigo de las canteras de la historia: “las instituciones no son fuentes o esencias, no son ni esencia ni interioridad. Son prácticas, mecanismos operatorios que no explican el poder, puesto que presuponen las relaciones y se contentan con ‘fijarlas’; su función es reproductora, no productora” (p. 105). Estos mecanismos o instituciones facilitan y permiten una mejor cobertura, objetivación y subjetivación e individualización de los individuos.

El hecho de individualizar permite objetivar y clasificar a los individuos en locos, presos, leprosos, homosexuales, darle a cada uno un trato diferente y usar unas técnicas diferentes de control, lo que a su vez hace aparecer diversos tipos de discursos. Si nos remitimos a *Vigilar y castigar* (1976), veremos que inicialmente los enfermos, leprosos, locos, homosexuales parricidas y, en general, los denominados “anormales” iban a un mismo lugar, la prisión, pero con el paso del tiempo, y gracias a la individualización, fueron apareciendo diferentes instituciones para cada individuo. De ahí que naciera la clínica, el hospital psiquiátrico, y un interés por el control de la sexualidad, como se puede observar en *La voluntad de saber* (1977).

Todo individuo ha estado bajo la lupa de la vigilancia del poder, nada se ha escapado de estas mallas, ni siquiera el sexo. El poder no solo opera por medio de instituciones, también lo hace de manera pequeña, microfísica, está presente en algo tan mínimo como nuestra casa, la relación con los padres, con nuestra pareja; “el poder no se aplica de arriba hacia abajo, de una clase dominante a una dominada, por el contrario, más bien se ejerce tanto sobre los dominantes como sobre los dominados” (Dreyfus y Robinow, 2001, p. 217). Esta vigilancia constante forma parte de la vida diaria de los individuos, por eso no es extraña la

irrupción del poder en prácticas tan comunes como la alimentación, la salud y la sexualidad. La presencia del poder en cada pequeñez de los individuos ha hecho emerger nuevas formas de saber, nuevas formas de verdad y nuevos objetos de estudio, pues “el poder, lejos de estorbarle al saber, lo produce” (Foucault, 1979, p. 107). De este modo, se integra a la vida de los hombres para controlarla, vigilarla en todos sus aspectos de una manera particular pero también general. El poder, apoyado en sus dispositivos de vigilancia y tecnologías de dominación, abarca cualquier tipo de conducta, la regula y la transforma.

Las relaciones de poder no se encuentran ajenas o exteriores a otras relaciones, trátense de procesos económicos, relaciones de conocimiento, relaciones sexuales entre otras. Las relaciones de poder son a la vez relaciones de fuerza, que se encuentran de manera inmanente dentro de los desequilibrios, particiones, desigualdades, etc. que se puedan producir en el juego de las relaciones de fuerza. Operan no en función de una superestructura que prohíba o restrinja, sino de manera productiva, siempre con una mira u objetivo, pues las relaciones de poder ejecutan de manera intencional y no subjetiva. Un ejemplo son las relaciones de fuerza que se dan en la prisión, cuyo propósito es enderezar la conducta de los reclusos. Otro ejemplo es la sexualidad, cuya maquinaria tiene el fin de ejercer una economía sobre el sexo. Toda relación de poder recae sobre acciones que a su vez recaen sobre otras por medio de dispositivos y técnicas de dominación, ejercidas desde innumerables puntos.

Las relaciones de poder surgen como la capacidad que tienen los individuos de incidir en el campo de conducta de los demás. O, dicho de otra manera, las relaciones de poder dejan de operar como un elemento de dominación y se conciben como un modo de relación, mediante el cual una acción incide sobre otra acción y donde ambas acciones son lo suficientemente flexibles como para ser revertidas en un momento dado. (Cadahia, 2013, p. 42)

Las relaciones de poder no son como una mercancía intercambiable que se adquiere, despoje o se comparte. Las relaciones de poder se tejen entre los individuos, son tan sigilosas que tienen la habilidad de pasar desapercibidas mientras deambulan de un punto a otro, atravesando los cuerpos. Los mecanismos de coerción tienen como propósito ejercer una economía en la vida de los hombres, administrar su conducta de una manera sagaz e intencional. El poder acoge la vida de los hombres, la toma como tema de administración y la conduce de una forma objetiva.

Ahora bien, a partir del siglo XVIII, el poder tomó como objeto la población y, por consiguiente, la vida de los hombres. El poder irrumpe en las diferentes instituciones con una finalidad específica: entrar en la vida de los hombres de una manera calculada, incurrir en la producción de la población sin caer en el exceso de las prohibiciones. La vida de los hombres se vuelve un interés de vigilancia, y esto crea nuevas tecnologías, discursos y dispositivos para cumplir con dicho objetivo. Las relaciones de fuerza tienen a su disposición técnicas de dominación que operan en cuerpo y nexo social, pues ya no es una cuestión prohibitiva en términos de un “no debes”. A partir del siglo XVIII en Occidente, el poder se convirtió en un mecanismo, en una maquinaria de vigilancia de la vida de los hombres; los individuos tienen la capacidad de afectar y de ser afectados, por medio del fluir de las relaciones que se tejen entre ellos, entendidas como materia de la fuerza de una acción que recae sobre otra acción.

Un concepto: gobierno

Gobierno en Foucault no designa ni coincide con lo que suele entenderse por esta palabra, pues no comporta la gestión ni la dirección del Estado. *Gobierno*, como concepto, ha tenido sus variaciones a través de la historia, en su significado y su modo de ejercerse. En la Antigüedad grecorromana, no faltaron los tratados pedagógicos que presentaban al príncipe el modelo ideal de conducirse y de ejercer el poder; de conquistar la aceptación y de dirigir a los súbditos, como es el caso de la obra de Maquiavelo, *El príncipe*. Lo considerable de todo esto es que a partir de los siglos XVII y XVIII dejaron de presentarse estos tratados destinados a aconsejar al príncipe, y empezó a surgir un interés por cómo gobernar, por quiénes, hasta qué punto, bajo qué métodos, entre otras consideraciones. Con la aparición de *El Príncipe* de Maquiavelo, se inauguró la aparición de una literatura antimaquiaveliana que parece apuntar a sustituir este tipo de tratados que indican cómo gobernar por algo diferente y novedoso, que no es precisamente la destreza de un príncipe para regir. Lo que se comenzó a gestar a partir de ese acontecimiento fue el arte del buen gobierno.

Guillaume de La Perrière forma parte de esta literatura antimaquiavélica, que se opone de cara al principado como único modo de gobierno. Foucault, en su análisis de La Perrière, señala que hay múltiples formas de gobierno: está el padre que gobierna sus hijos, el gobierno de la casa, el superior de un convento, el maestro sobre el niño; existen, por lo tanto, multiplicidad de gobiernos, incluyendo el del príncipe sobre el Estado (La Perrière, 1567). Dentro de esta literatura, aparece un texto más tardío dirigido al Delfín de La Mothe Le Vayer,

quien señala que, para gobernar, se necesita pasar por tres niveles: (1) gobernarse a sí mismo y (2) gobernar la familia, los bienes y las pertenencias, para así poder (3) gobernar el Estado.

Con la producción de esta literatura hay algo que comienza a llamar la atención, y es la *economía*, que responde al buen manejo de los bienes, la administración de la casa, de la familia y demás integrantes que la conforman. Esta noción se comenzó a desplazar hacia el Gobierno y surgió algo bastante particular: la introducción de esa atención de la economía sobre los bienes, de esa meticulosidad, en la gestión del Estado.

Gobernar un Estado será, por ende, poner en acción la economía, una economía en nivel de todo el Estado, es decir, ejercer con respecto a los habitantes, las riquezas, a la conducta de cada uno, una forma de vigilancia, de control, no menos atento que el padre de familia sobre la gente de la casa. (Foucault, 2006, p. 120)

Dentro de toda esta literatura, se puede ir notando cómo va emergiendo una noción de gobierno económico. El Gobierno comenzó a verse permeado por la economía, por la buena administración no solo del territorio, sino también de los individuos, de esa excelente labor que hace el padre con el cuidado de la casa y de quienes la conforman.

El Gobierno, al verse envuelto en la economía, en la buena administración, según el archivista, siguiendo a La Perrière, pasó a ser definido como *una recta disposición de las cosas*³. El Gobierno debía ocuparse ahora no solo de los bienes, sino también de sumar a su itinerario las relaciones de los hombres con la riqueza, el territorio y el clima; su manera de comportarse, de actuar y de pensar; sus relaciones con la muerte, la enfermedad y los infortunios; la cultura. Entonces, el gobierno de la propiedad, la riqueza y el territorio pasaron a un segundo plano, pues los hombres y las cosas era ahora lo que importaba. Esto muestra una clara oposición y una ruptura con la soberanía. El interés del Gobierno son los hombres, la población. Este va a ser su fin por excelencia, independientemente de los intereses que pueda tener cada individuo; lo que importa es la conducción de los hombres para poder generar un aumento de las riquezas, de las cosas y de la población misma. Con esta literatura, entonces, se vio emerger una nueva forma de gobierno, el nacimiento de un arte de gobernar.

³ La cursiva es del autor.

Durante los siglos XIII, XIV y XVI, la palabra *gobernar* tuvo distintos significados. En primer lugar, encontramos el significado material, físico, especial de dirigir, hacer avanzar, e incluso de avanzar uno mismo por un camino, una ruta; gobernar es seguir o hacer seguir una ruta. Gobernar también hace referencia, desde el punto de vista físico, a gobernar una población por medio de la comida o a gobernar el hogar en pareja. A propósito de esto, Foucault dice lo siguiente:

“Gobernar” puede significar “conducir a alguien”, sea en el sentido propiamente espiritual del gobierno de las almas —sentido muy clásico que va a perdurar y suscitarse durante muchísimo tiempo—, sea de una manera levemente desviada con respecto a la primera, cuando quiere decir “imponer un régimen”, imponer un régimen a un enfermo: el médico gobierna al enfermo, o el enfermo que se impone una serie de cuidados se gobierna. Así, un texto dice: “un enfermo, que después de haber dejado el hospital, a causa de su mal gobierno pasó a mejor vida”. Siguió un mal régimen. “Gobernar” o “gobierno” pueden referirse entonces a la conducta en el sentido propiamente moral del término: dirigir a alguien, tratarlo. O bien tener una relación con alguien, una relación verbal: “gobernar a alguien” puede querer decir “hablar con él”, “entretenerlo”, en el sentido de mantener una conversación. Así, un gran texto del siglo XV dice: “dio un gran banquete a todos los que gobernaban durante la cena”. Gobernar a alguien durante su cena en conversar con él. Pero la palabra también puede referirse a un comercio sexual: “Un fulano que gobernaba a la mujer de su vecino iba a verla con mucha frecuencia”. (Foucault, 2006, p. 148)

La palabra gobernar, antes del siglo XVI, tenía un sentido muy amplio: hacía referencia a la vida de sí mismo y al territorio. Gobernar abarcaba las riquezas y los bienes materiales; el alimento, la familia, los cuidados para la salvación, la salud, la conservación de un mando. Asimismo, el dominio de sí mismo y de los demás, pero también la conducción de nuestra alma y de los modos de actuar. Todo esto apunta no a un gobierno del territorio, sino a un gobierno de los hombres.

Un desplazamiento: la pastoral

Si bien el gobierno es algo que aparece con las tiranías grecorromanas, el nacimiento de un gobierno de los hombres debe buscarse en el Oriente precristiano y cristiano. En Oriente sucede algo particular, y es que hay un interés muy marcado por la conducción de las almas con miras a una salvación y la ejecución de un poder de tipo pastoral. El poder pastoral, que se desbordaría luego a Occidente e irrumpiría en el gobierno de los hombres, tiene un origen religioso,

pues es Dios quien se hace cargo de su pueblo y procura lo mejor para él. Pero no lo hace solo, pues designa a unos ayudantes, pastores, quienes creen que deben cuidar del redil para algún día devolverlo a su verdadero dueño.

La función del pastor es proteger y guiar al rebaño por el buen camino; aquel ejerce su gobierno sobre una multitud mientras esta se encuentra en movimiento, y en ningún momento hace referencia a la protección del territorio. El poder pastoral tiene como objeto principal procurar la benevolencia para todo el rebaño, la cual no es nada más ni nada menos que la salvación de este. El poder pastoral es también individualizante, pues, aunque permanezca atento por el bien del rebaño, se preocupa por cada uno de sus integrantes; de ahí la expresión *omnes et singulatim*, ‘todos y cada uno’. Esta forma de poder se desplazó hacia Occidente como un modo de gobierno, infiltrándose en el sistema político; el pastor pasó a ser el político de los hombres; el político pasó a ser el pastor que conduce a los individuos que conforman la población de un Estado. Este modelo de poder que irrumpió en Occidente, modelo precristiano y cristiano, perduró alrededor de quince siglos antes de empezar a ser dislocado, desplazado y transformado, pero hay que añadir que en el fondo se mantuvo intacto hasta el siglo XVIII, cuando comenzó a desplazarse hacia el campo político.

Este fenómeno que apareció con la pastoral cristiana es el trasfondo de lo que sería la práctica del gobierno en Occidente. El poder pastoral, según Foucault, produjo todo un arte de dirigir, encausar, guiar, llevar de la mano; un arte que tiene por oficio encargarse, de manera colectiva e individual, de la vida de los hombres, en cada momento de su existencia y a lo largo de toda su vida, para conducirla hacia la salvación. Este modo de conducir a la población fue lo que creó una manera de gobernar muy particular en Occidente.

No podemos dejar de lado que Gregorio Nacianceno, a finales del siglo V, dio un nombre muy peculiar y notable al pastorado, *oikonomía psychom*, ‘economía de las almas’. “La economía de las almas”, o conducta de las almas, como lo traduce Foucault, es uno de los elementos que se introducen en la sociedad occidental y, en especial, en el campo del gobierno. La palabra *conduite*, ‘conducta’, del francés, es la más apropiada, según Foucault, para traducir *oikonomía psychom*, y no “economía”, debido a que carece de precisión para lo que ralmente designa la expresión de Nacianceno (Foucault, 2004). “La economía de las almas” de Nacianceno designa una conducta, un cuidado, un llevar de la mano para evitar que los hombres se desvíen del camino apropiado y puedan llegar a su salvación, como bien lo plantea el pastorado.

Aunque “la economía de las almas” de Nacienceno ha sufrido transformaciones, lo importante con esta irrupción en el gobierno de Occidente es que ya no hay solo un interés por conducir a los hombres durante toda su vida para que se salven, sino que aparece una economía, una administración de la vida y una manera de conducirse para vivir mejor en la tierra. Esta administración tiene una característica bastante notoria, y es la vigilancia constante que se tiene sobre el individuo en sus formas de actuar, lo cual se logra ya no imponiendo una ley, sino utilizando unas tácticas y unas estrategias.

Estos cambios y transformaciones que, a grandes rasgos, se han tratado de esbozar aquí, son lo que se ha infiltrado y emergido con el nombre de gobierno en Occidente. Si bien la cuestión del gobierno tiene sus raíces en las civilizaciones grecorromanas, el pastorado no se establece en forma sino hasta la llegada del cristianismo. En Occidente, el poder pastoral se ve reflejado de una manera más notable con las instituciones. La pastoral cristiana se vale de esta experiencia histórica para dar cierta continuidad a un gobierno que se ejerce mediante unas técnicas y unas relaciones de poder que tienen como objeto principal la conducción de la vida de los hombres. Pero esto también marca una discontinuidad que no se puede pasar por alto, discontinuidad histórica que distancia al mundo grecorromano de nuestra actualidad y la aproxima al cristianismo como el arte de conducir las almas insertado por el pastorado, mediante la dirección de la conciencia, es decir, de la conducción, de manera individual, de la conducta de los hombres. Si bien el concepto de gobierno existía en épocas precristianas y cristianas, no comporta la forma ni la genealogía que se conoce en la actualidad; el concepto de gobierno como lo conoce Occidente se inició con la aparición de *El Príncipe* de Nicolás Maquiavelo, en el siglo XVII.

Ahora bien, dentro de toda esta discontinuidad y experiencia histórica que dio paso al gobierno, podemos decir que el concepto de poder no ha sido borrado por el concepto de gobierno. El concepto de *gobierno* designa una tecnología por medio de la cual se ejerce el poder, sin tener que recurrir a un medio directamente violento. Al respecto, Antonio Rodríguez (2017), citando a Foucault (1983), dice lo siguiente:

[...] para mí, la categoría de poder es la más larga, y en esta categoría se puede encontrar relaciones de dominación, que son las relaciones de poder más simples, las más violentas. Y se encuentran también las técnicas de gobierno, que son el medio que permite ejercer un poder, pero sin utilizar la violencia.
(p. 139)

En ningún momento el poder se divorcia del gobierno, por el contrario, se afirma como mecanismo de dominación. Este concepto designa un tipo específico de relación de poder que funciona de manera estratégica, en la medida en que constituye modos de acción sobre una acción posible, eventual, supuesta, sobre los cuerpos.

El gobierno no es algo que exista por sí solo, ni en posesión de unos pocos y carencia de otros, ni tampoco de una manera homogénea. El gobierno son relaciones de fuerza que se dan entre individuos, relaciones de poder móviles con un campo determinado de acción. Lejos de ser uniforme u homogéneo en su racionalidad, el gobierno se ejerce de una manera asimétrica, por causa de relaciones de poder que se crean entre individuos de manera inestable y heterogénea en el desempeño de sus acciones. Ahora bien, podríamos decir que el gobierno solo existe como acción que recae sobre otra acción posible; su objeto es conducir la conducta de los hombres por medio de acciones calculadas en un campo de acción determinado.

En síntesis, el concepto de gobierno como un tipo de relaciones de poder comporta buena parte de la caracterología que Foucault dio a la categoría de poder, mas su tipología se define por ser una *techné* de la conducción de los hombres —que tiene por objeto la conducta y es el punto de encuentro de las técnicas de dominación con las técnicas de sí—. Se hace evidente entonces el contenido positivo y la precisión que alcanza el concepto de poder en el desplazamiento hacia el concepto de gobierno, categoría que permite a Foucault situar toda su empresa a partir de la cuestión “cómo se gobierna a los hombres a través de la verdad”. (Rodríguez, 2017, p. 144)

El gobierno, como extensión del poder, tiene como fin de conducir la conducta de los hombres durante toda su existencia. Las técnicas de dominación que se confieren al gobierno se ejercen por medio de unas relaciones de poder o de fuerza, lo que indica que el poder no ha desaparecido para ser reemplazado por el gobierno, sino que este último es más bien una ampliación del poder.

La aparición del gobierno en Occidente hizo que los gobernantes cambiaran su manera de proceder y se dedicaran al cuidado de la población, pero a través de instituciones que facilitarían su cuidado. El gobierno comenzó a mostrarse como una economía regulatoria de la vida de los individuos, politizándola de algún modo, y dando lugar a lo que se conoce como *biopolítica*⁴, una administración, un

⁴ Foucault (1974) define la biopolítica como un conjunto de tácticas, cálculos y estrategias que se implementan para intervenir la vida de los hombres.

gobierno de la vida. En esta dirección, Botticelli (2015) dice: “el biopoder aparece como una dinámica regulatoria que apunta a la administración de la vida de ese nuevo sujeto colectivo que es la población, buscando gestionar su potencia vital para hacerla más productiva, más eficiente, más segura, más regular” (p. 86).

Hay que señalar que el Gobierno ya no tiene como objeto cuidar, conducir, guiar, llevar de la mano a los hombres para que se salve su alma para su continuidad en otro mundo, como inicialmente lo planteó la pastoral cristiana, sino que administra y conduce la vida de los hombres con el propósito de “salvarlos” en este mundo terrenal. Todo esto se recoge en un nuevo concepto que agrupa las relaciones de fuerza y las técnicas de gobierno para la conducción de los hombres: la *gubernamentalidad*. Foucault llama gubernamentalidad al conjunto de mecanismos diseñados para el gobierno de los hombres en Occidente, todo un conglomerado de instituciones, técnicas de vigilancia y estrategias para dirigir a los individuos. Con este fenómeno, aparecen una serie de instituciones que ejercen un modo de gobierno, como la prisión, la clínica y los hospitales, todas con un solo propósito: conducir la conducta de los hombres, valga la redundancia.

Es un ejercicio, y como tal remite al “gobierno”, en un sentido muy amplio. Gobernar una sociedad, un grupo, una comunidad, una familia o a cualquiera, supone determinar la conducta en función de estrategias o de ciertas tácticas. La *gubernamentalidad* es el conjunto de relaciones técnicas que permiten ejercer las relaciones de poder. Me ha interesado cómo se gobierna a los locos o a los enfermos —un “gobierno”, en sentido amplio de nuevo—, qué estatuto se les ha dado, en qué sistema de tratamiento se les ha incluido, sea este benevolente, filantrópico o económico. (Foucault, 2009, p. 140)

La gubernamentalidad es el resultado del conjunto de procesos históricos que se han generado con el propósito de gobernar a los hombres. La maquinaria de gobierno se ha desplazado a todas partes, desde las escuelas, los hospitales y todo el conjunto de dispositivos de vigilancia, como los diferentes discursos y las nuevas técnicas de dominación que surgen para enderezar la conducta de cada individuo. Esto hace que germinen una serie de aparatos, cálculos, análisis y reflexiones, que se aplican de una forma específica por medio de una red compleja de relaciones de poder y dispositivos de seguridad. La gubernamentalidad remite a ese conjunto de técnicas que Occidente no ha dejado de producir y genera toda una serie de saberes, disciplinas y técnicas para alcanzar un dominio de la población, todo un proceso que ha devenido en un Estado administrativo de la vida de los hombres de una manera sutil, desapercibida y sagaz, entre los siglos XV, XVI, XVII y XVIII. Ahora bien, esa antigua forma de gobernar a los

hombres, que tomó fuerza con el pastorado cristiano y se impuso en Occidente, atravesó una serie de acontecimientos y discontinuidades históricas y se extendió hasta la actualidad.

Esa matriz, cuyo objetivo es conducir a la población, emergió y se quedó en Occidente, con su multiplicidad de técnicas y dispositivos de poder. Ya en el presente, en medio de la crisis sanitaria, vemos cómo se ponen a disposición una serie de normas, discursos y mecanismos con el propósito de vigilar, conducir y guiar; con el fin de procurar una benevolencia en el individuo y en la colectividad. Con la actual crisis epidemiológica del COVID-19, salieron a relucir del engranaje del Gobierno una multiplicidad de tecnologías de poder para hacer cumplir el confinamiento preventivo, y a su vez una serie discursos, como técnicas de poder, para hacer obedecer a los individuos lo establecido. Técnicas como el teletrabajo, auxilios en el pago de facturas, pico y cédula, toques de queda, control y vigilancia de la actividad de los individuos. La vigilancia se ha mostrado más que cualquier otra forma de proceder para el control de los hombres, así como la actividad en aumento de la presencia de mecanismos que procuran el confinamiento de una manera coercitiva. La gubernamentalización, como dispositivo de control y conjunto de técnicas de dominación, en su multiplicidad e inestabilidad, permitió que se comenzaran a gestar y a implementar nuevos dispositivos de poder y de gobierno, como la creación de aplicaciones para dispositivos móviles que reportan el estado de salud de cada persona. Esta serie de eventos y fenómenos particulares tienen en común un único propósito: controlar a la población, administrar la vida de los hombres de una manera silenciosa, táctica y estratégica, con unos mecanismos de poder que están en constante movimiento, produciendo nuevas formas de control, nuevos discursos y nuevas formas de gobierno. ¿Qué se puede hacer para evitar esto? ¿Cómo oponerse a ese tipo de gobierno, a esas técnicas de dominación? Foucault nos gritaría: ¡resistencia!

Conclusión

Hemos mostrado que los conceptos de poder y gobierno han tenido sus desplazamientos a lo largo de la historia. El poder es el conjunto múltiple de relaciones de fuerza que operan en un juego inestable, en el que se enfrentan de manera incesante y se transforman —por sus desniveles o sus contradicciones— o se refuerzan por medio de estrategias que las vuelven efectivas. El concepto de gobierno, por su parte, es una extensión de la categoría de poder, quizá la más compleja, que guarda gran parte de la caracterología del poder, y su tipología se

precisa por la implementación de técnicas y estrategias provenientes de la pastoral cristiana para la conducción de los hombres.

La pastoral cristiana tiene sus orígenes en un Oriente precristiano y cristiano. El poder pastoral, que comporta un contenido religioso, con una serie de técnicas diseñadas para guiar el rebaño hacia la salvación, se desplazó hasta el siglo XVIII, junto con los diversos planteamientos sobre la conducción de las almas que surgieron en un ambiente precristiano con Nacienceno. Allí surgió un interés por la conducción del comportamiento de los hombres. A partir del siglo XVIII, el Gobierno experimentó una serie de transformaciones en su forma de operar: aparecieron las instituciones y las técnicas de poder para la conducción de la vida. Esta idea se recoge en el concepto de gubernamentalidad, que refiere a todo un conjunto de instituciones y mecanismos de control y vigilancia creados para conducir y gobernar a los hombres en Occidente, fenómeno que tuvo como resultado modos de gobierno y diversas formas de ejercer el poder.

Por último, se plantea la resistencia como respuesta a toda la maquinaria de control y gobierno que se ha extendido hasta nuestros días. La emergencia sanitaria del COVID-19 trajo consigo una maquinaria de técnicas de poder y vigilancia que regular la vida de los individuos y controlan cosas tan particulares como el día en que sale a la calle determinado grupo de personas.

Hacer resistencia a esto implicaría evitar el uso de aplicaciones móviles que reporten el estado de salud y hacer que se respete la privacidad, pues con la virtualidad se ha perdido. Implicaría oponerse a las medidas establecidas para evitar que las personas protesten y salgan a la calle a reclamar sus derechos, como se estaba viendo antes de la pandemia.

Para cerrar esta serie de reflexiones, vale decir que quizá la única resistencia efectiva sea la de adquirir lo que en términos de Foucault se llamaría “tomar una actitud de contra-conducta”, resistirse a ser gobernado bajo esos términos, a ese precio y de ese modo.

Referencias

- Botticelli, S. (2015). La gubernamentalidad del Estado en Foucault: un problema moderno. *Revista Praxis Filosófica Nueva serie*, (42), 83-106.
<https://doi.org/10.25100/pfilosofica.v0i42.3168>
- Cadahia, L. (2013). Michel Foucault y la gramática del poder y la libertad. *Estudios de filosofía*, (49), 33-49.
- De La Perrière, G. (1567). *Le miroir politique, contenant diverses manières de gouverner*. Bibliothèque Nationale de France.

- Deleuze, G. (1987) *Foucault*. Editorial Paidós.
- Dreyfus, H. y Rabinow, P (2001) *Michel Foucault: más allá del estructuralismo y la hermenéutica*. Ediciones Nueva Visión.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Editorial Siglo XXI.
- Foucault, M. (1977). *Historia de la sexualidad I. la voluntad de saber*; Editorial Siglo XXI.
- Foucault, M. (1979). *Michel Foucault: microfísica del poder*. Editorial La Piqueta.
- Foucault, M. (1980). *El ojo del poder. El panóptico*. Editorial La Piqueta.
- Foucault, M. (2004). *Sécurité, territoire, population. Cours au Collège de France. 1977-1978*. François Ewald, Alessandro Fontana, Michel Senellart, Gallimard, Seuil.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio y población: curso en el Collège de France (1977-1978)*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2009). Entrevista con Foucault. *Rev. Asoc. Esp. Neuropsiq*, 29(103), 137-144.
<https://doi.org/10.4321/S0211-57352009000100010>
- Rodríguez, A. (2017). “Yo soy un moralista” Foucault, las alethurgias. Editorial Universidad Tecnológica de Pereira.